

—Hasta mañana, mi buen Leon: Dios te dará fuerza para llenar felizmente tu noble mision.

Seguí con los ojos el carruaje, hasta que hubo desaparecido en un recodo del camino: despues salí del castillo, y tomé un sendero solitario: en presencia de Mr. Pavelyn, no habia podido reflexionar con toda la lucidez precisa, la nueva situacion donde sus deseos me habian colocado: pero cuando me hallé solo, cuando ya no tuve necesidad de dominar mi emocion, mi corazon empezó á palpar violentamente, me sentí palidecer, y que mis piernas se negaban á sostenerme: mi alma se sublevaba ante el sacrificio de su última esperanza: pero esta lucha, con el sentimiento del deber, no fué larga: bien pronto miré bajo otro punto de vista la tarea que me habia impuesto: yo amaba á la hija de mis bienhechores: acaso no habia hecho todo lo que debia, para combatir y sofocar esta inclinacion: quizá era yo verdaderamente culpable, hácia mis bienhechores y hácia Dios: yo habia buscado en mi conciencia toda especie de razones, para excusar mi debilidad: pero habia llegado la hora de probar que mi amor era bastante puro y bastante noble para inmolarse á la dicha de la que era objeto de él.

Ciertamente, era una mision bien penosa la que habia yo aceptado: preveia que muchas veces aun, mi corazon se desgarraria de angustia y de dolor, antes de que el sacrificio fuese consumado: pero ofrecia á Dios mis penas como un castigo de mi extravío, y si era culpable, él me otorgaria quizá, con su perdon, la paz del corazon que habia perdido.

Así meditando, y firmemente resuelto á arrojar de mí toda clase de pensamientos, que no fuesen los que pudieran alentarme á cumplir lealmente mi terrible tarea, me dirigí á casa de mis padres, á fin de prepararme para el viaje del dia siguiente, que en medio de la generosa exaltacion de mi alma, deseaba llegase.

XXVI

CUANDO al dia siguiente bajé de la diligencia á la puerta de la ciudad, y entré en la calle que debía conducirme inmediatamente á casa de Mr. Pavelyn, me fué preciso reunir toda mi energía, para no desfallecer en el momento de ir á cumplir mi tarea: hasta entonces habia conseguido combatir mi vacilacion y mi temor: pero cuando cada paso me aproximaba al momento fatal, sentia que mis fuerzas me abandonaban: mi corazon latia violentamente, y de vez en cuando un estremecimiento glacial, recorria todo mi cuerpo: no era que yo vacilase en mi resolucion, ni que estuviese arrepentido de haber aceptado tan dolorosa mision: pero habia en mí un poder secreto que luchaba con mi voluntad, y del cual los esfuerzos tumultuosos, aumentaban á cada instante, mi espanto y mi sufrimiento.

Despues de haberme detenido dos veces en el camino para dominar mi agitacion, creí haber recobrado bastante calma, y llamé atrevidamente en casa de Mr. Pavelyn, el que, sabiendo la hora en que debia llegar, espiaba mi venida.

Salió al vestíbulo á recibirme, me estrechó la mano, y me condujo en seguida al salon, donde su hija, sentada al lado de una ventana, y delante de una mesita de labor, se ocupaba de bordar.

—Mira, Rosa! exclamó su padre: aquí está Leon que viene á vernos!

Alzó ella la peregrina cabeza que tenia inclinada sobre su labor: su rostro se iluminó con un resplandor de alegría indescriptible y sus ojos me enviaron una mirada de amor y de gratitud.

¡Pobre víctima de una pasion prohibida! Mi sola vista la hacia dichosa!

El efecto de esta demostracion, produjo sobre mí fan profundo pesar, que tuve que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas que me salian á los ojos. Pero Rosa á quien mi llegada inesperada habia sorprendido, se hizo inmediatamente dueña de mi emocion; despues de haber balbuceado un amable saludo, habia recobrado toda su calma, y en sus respuestas á lo que su padre y yo le decíamos, nada podia hallarse que significase se hallaba conmovida.

Hablamos durante algun tiempo de cosas casi indiferentes, y despues Mr. Pavelyn llevó la conversacion hácia el matrimonio; me habló del de su hija como si yo lo ignorase por completo, y enumeró todas las razones que debian decidirla á aceptar esta brillante alianza, preguntándome en seguida cuál era mi opinion acerca de este punto.

—No puede haber ninguna duda, respondí; la señorita debe aceptar, porque esta union.

Una mirada de Rosa hizo espirar la palabra sobre mis labios; ví que me consideraba con asombro, con reproche, con espanto; una dolorosa sonrisa erraba en sus labios, sonrisa casi imperceptible, pero convulsiva como la de una persona que ha recibido una herida mortal, y que no quiere quejarse.

Mr. Pavelyn notó mi vacilacion, vino á mi socorro y dijo algunas palabras para animarme á continuar mi empeño.

Volví á empezar con dulzura, pero con resolucion, mi dura tarea, aconsejándole el matrimonio. Rosa habia in-

clinado la cabeza y parecia escucharme, no con paciencia sino con la indiferencia mas completa.

Desde luego traté de hacer valer la gran fortuna de Conrado de Somerghem, su alta nobleza y la excelencia de sus cualidades: iba despues á invocar la razon principal y á hablar á Rosa de su enfermedad y de la pena de sus padres, cuando Mr. Pavelyn salió de la habitacion; la pobre niña siguió á su padre con los ojos, y me consideró despues con una mirada que me hizo temblar y me heló de estupor; ¡cuán claro es el lenguaje del alma! Rosa no habia hablado, y sin embargo, yo habia comprendido, palabra por palabra, cuanto queria decirme!

¡Ay! Me acusaba de haber conspirado con su padre para violentar sus sentimientos; me acusaba por aquel engaño cruel y por la herida con la que acababa de desgarrar involuntariamente su corazon.

Mi conmocion era extraordinaria: balbuceé algunas palabras de excusa; pero ella con una calma que me dominó, me dijo dulcemente:

—Bien está, Leon, continuad: cumplid sin vacilar vuestra mision: os escucharé hasta el fin.

Sentí las lágrimas prontas á brotar á mis ojos; mi corazon se hallaba oprimido y notaba que una angustiosa palidez se extendia por mi rostro: entonces el temor, hizo que opusiese á mi emocion una violenta resistencia: llamé á mi socorro la conciencia de mi deber y la energía de mi voluntad y repuse con voz temblorosa:

—Rosa, estais enferma! vuestros padres temen una desgracia espantosa! ah! libradlos de esa angustia que abreviará sus dias! os han dado la vida, y todas sus esperanzas se han concentrado en vos! Si una dolencia terrible arrebatase á su hija, á su única hija, moririan de desesperacion! por mas que sea un sacrificio, un penoso sacrificio el que se exige de vos, aceptadle, yo os lo suplico por el amor de vuestro buen padre, por piedad hácia vuestra madre!

Me detuve, esperando haber producido alguna impresion sobre el espíritu de Rosa; pero bien pronto conocí que me habia engañado.

—Desgraciado Leon! exclamó: por qué revolver así el puñal, en la herida de vuestro corazon y en la del mio? decís que la consuncion me amenaza: es preciso esperar-la con valor: porque para aceptar el matrimonio que me proponen, me seria preciso matar en mi corazon un sentimiento que ha llegado á ser mi vida misma! mas quiero morir de consuncion: entonces á lo menos no profanaré el sentimiento que llena mi alma! entonces le llevaré conmigo á la tumba, sin haberle manchado con una promesa perjura!

Yo quedé tan aterrado al ver salir así de improviso el secreto de su corazon: sus espantosas palabras, consuncion, muerte, tumba, me inspiraron tal estupor y una tan viva piedad que un torrente de lágrimas brotó de mis ojos: quise hablar y la voz quedó ahogada en mi garganta.

—No lloreis, me dijo ella con una dulce y suave sonrisa: la cruel fatalidad que sobre nosotros pesa no puede conjurarse por medio de las lágrimas. Dios nos ha rehusado la dicha sobre la tierra: doblemos la cabeza con resignacion y sin quejarnos: yo moriré quizá: pero ¿por qué creer que no hay esperanza despues de la muerte? no hay una segunda vida mejor que esta?

Loco, fuera de mí, sucumbiendo á mi dolor, exclamé con una voz entrecortada por los sollozos:

—No, no! vos no podeis morir, Rosa! Oh Rosa, escuchadme! ese matrimonio debe destrozar un corazon del cual cada latido era un suspiro para vos: debe envenenar una vida que solo consistia en amaros: debe matar una alma que os adoraba como á la Divinidad: pero debe tambien salvaros de la muerte que os amenaza y evitar á vuestros padres, á mis bienhechores, la mas espantosa desesperacion: ese matrimonio debe excusar vuestro ex-

travio delante de Dios. . . ¡Oh, Rosa! por los recuerdos de nuestra infancia, por todo lo que he esperado y sufrido, por mi amor insensato, pero sin límites, por vos, que me habeis hecho artista. ¡Oh! yo os lo confieso, dejaos persuadir! Concededme el solo medio que tengo de mostrarme reconocido á los beneficios de vuestro padre, y no me quiteis la esperanza de que vos quedareis en la tierra para cerrar sus ojos. ¡Ah, mirad, Rosa, mirad! os lo suplico de rodillas! escuchadme, escuchad mi ruego!

Dejéme caer á sus piés vertiendo abundantes lágrimas, y alzando hácia ella mis manos suplicantes: mas en su bello rostro habia una mudanza que me llenó de admiracion: una alegría excesiva brillaba en todas sus facciones: los bienaventurados, que ven entreabrirse el cielo, no pueden tener una sonrisa mas celeste: mientras yo le repetia mi ruego ella me tendió la mano y me dijo:

—Ah! estaba segura, y sin embargo no me atrevia á creerlo del todo! Ahora la duda ha huido de mí; gracias, Leon! si Dios ha dispuesto de mi vida ahora ya puedo morir!

En aquel instante fuí herido de una conmocion terrible: me puse de pié, pálido y tembloroso y dejé escapar un grito sofocado: una puerta acababa de abrirse y Mr. Pavelyn me habia visto arrodillado á los piés de su hija.

Y sin embargo, no era esto lo que mas me agitaba, porque hubiera podido explicarle fácilmente mi actitud suplicante; pero en la mirada que fijó sobre mí habia tanta amargura y un furor tan sombrío, aunque procurase dominarlo, que no pude dudar de que habia sorprendido el secreto de mi amor por su hija.

Sin articular una palabra, Mr. Pavelyn atravesó lentamente la estancia, y fué á tirar del cordon de la campanilla, esperando en pié la llegada del criado: fué aquel un momento de ansiedad terrible: un silencio de muerte reinaba en la habitacion. Rosa tenia los ojos bajos: yo

hube de apoyarme en la chimenea, porque mis piernas se negaban á sostenerme.

Una criada fué la que apareció.

—Decid á la señora, ordenó Mr. Pavelyn, que la señorita le suplica venga al instante.

Cuando la criada hubo desaparecido, se volvió á mí y me dijo con una voz que heló la sangre en mis venas:

—Seguidme: tenemos que hablar.

Y como en mi turbacion y desfallecimiento yo no me apresurase á seguirle, tomó mi mano y me llevó hácia la puerta: cerca ya de salir, volví la cabeza con un movimiento involuntario: era que mi alma queria dar en una última mirada, un eterno adios á la que amaba.

Ví á Rosa en pié y señalándome al cielo como una profetisa: sus facciones parecian iluminadas con una luz interior: la esperanza y la fé brillaban en sus ojos: yo comprendí que me decia adios, hasta el cielo.

Mr. Pavelyn pareció afectarse penosamente con la actitud de su hija, porque me sacó precipitadamente de allí y me llevó á su cuarto, cerrando en seguida la puerta.

Abrumado bajo el peso de mi vergüenza y casi insensible, permanecí inmóvil en el sitio en que mi bienhechor me habia dejado. Cruzó él los brazos sobre el pecho y me miró silenciosamente: no pudiendo soportar aquella mirada, me dejé caer en una silla, ocultando el rostro entre las manos.

—¡Hé aquí mi recompensa! exclamó Mr. Pavelyn despues de un largo silencio y con la voz alterada: este sér que he sacado de la pobreza, á quien he amado como á un hijo, á quien he colmado de beneficios; este sér era una serpiente que se ha deslizado en mi familia para envenenar mi vida! El hijo del fabricante de zuecos, no contento con atreverse á levantar los ojos hasta la heredera de mi fortuna y mi nombre, queria arrastrarla á que participase de su culpable amor! ¡Insensato! ¿cómo

no ha tenido bastante poder la gratitud para sofocar en vuestro corazon semejante locura? ¿No veiais que ibais á cometer una cobardía, un crimen? ¿Qué habíais osado creer? ¿Qué os habeis atrevido á esperar? ¡Ah! esto es para mí como la maldicion de Dios!

Yo estaba pálido como la muerte: temblaba: me torcia las manos desesperadamente: tendia los brazos hácia Mr. Pavelyn, balbuceaba palabras confusas: mi conmocion extraordinaria, mi angustia mortal, mi sombría desesperacion despertaron alguna piedad en el noble corazon de mi bienhechor, porque fué con menos cólera como volvió á tomar la palabra.

—No, no repitais la confesion de vuestro culpable extravío! Todo lo he oido ¡ay de mí! Que el cielo os perdone: en tanto que yo os dedicaba el mas tierno afecto; en tanto que pensaba dia y noche en vuestro porvenir, vos hablábais á mi hija de un amor que debia envenenar la vida de todos y cubrir hasta nuestra tumba de vergüenza!

La sangrienta herida que me infirió esta acusacion, me volvió la palabra: á través de mis sollozos, probé á hacer comprender á Mr. Pavelyn que antes de aquel dia fatal, jamás habia dejado conocer ni por una palabra, ni por un gesto la desgraciada pasion que alimentaba por su hija: le dije cuánto habia luchado y sufrido: cómo me habia marchado á mi aldea con la firme intencion de no volver jamás á Amberes, y cómo mi decadencia y mi fiebre no eran mas que la consecuencia del combate desesperado que sostenia conmigo mismo.

En fin, arrojándome á los piés de mi bienhechor y regándolos con mis lágrimas, imploré su piedad y su perdón: le aseguré que queria huir, aunque fuese al fin de la tierra; pero que le suplicaba no descargase sobre mí el peso de su maldicion.

Hízome levantar con un gesto breve, y me respondió:

—Tanto os he amado, desgraciado jóven, que aun puedo creer en vuestra inocencia: no os haré, pues, reconvencciones inútiles: nadie en el mundo, segun me asegurais, sabe vuestro loco amor por mi hija, ni el que ésta os corresponda; esta es una gran dicha, porque si alguno hubiera sorprendido este secreto terrible, ¿dónde iria yo á ocultar mi vergüenza? ¿Cómo mi esposa podria soportar el peso de su desgracia? y Conrado de Somerghem que sabia se le rehusaba por vos. . . . pero no quiero dejarme llevar de nuevo de mi justa cólera, de mi indignacion. . . . en medio de todo, hallo un consuelo muy grande en que comprendais lo que un deber inexorable exige de vos. Basta: el silencio eterno, el olvido mas profundo, deben sepultar este secreto: creo comprendereis que espero de vos el que dejéis al instante mismo esta casa: idos lejos, muy lejos! que ninguno de nosotros vuelva jamás á oír hablar de vos. . . . que, sobre todo, mi hija pueda olvidar hasta vuestra existencia! Yo os lo ruego, yo os lo suplico, Leon! si estais agradecido á mis beneficios, someteos de buena voluntad á esta disposicion; para viajar se necesita dinero: y yo no quiero que carezcáis de nada.

Al decir estas últimas palabras, el padre de Rosa puso sobre la mesa una pesada bolsa de seda; pero yo, aniquilado por tanta bondad, me lancé hácia él y le así las manos, que le besé con delirante gratitud.

—¡Oh! exclamé: ¡gracias, señor, gracias! Yo rogaré á Dios sin cesar que os colme de sus bendiciones! Adios! Tened piedad del infeliz, cuyo último suspiro será de reconocimiento hácia vos. . . .! Adios, noble corazon! generoso protector mio, adios para siempre! para siempre!

Salí de la estancia: precipitéme en la calle como un ciego, y perseguido por la angustia y la desesperacion, corrí hácia adelante, sin saber á dónde me dirijia: salí de la ciudad por la primera puerta que ví delante, y cuando llegué al campo y ví el mundo abierto delante de mí,

lancé un grito de alegría y redoblé el paso como si cada uno que me alejase de la morada de mi bienhechor, debiese disminuir el peso de mi vergüenza y el horror de mi ingratitud.

LVXX

El terminar el primer día de mi viaje, al amanecer, me dirigí á la entrada de mi pueblo, no lejos de Francia; cuando habia recorrido el espacio de un millar de mi protector, al cual no quisé llegar, no me habia absolutamente sin director: tenía tres miles de oro y cuatro ó cinco francos en el bolsillo: después de algunas instantes de reposo, entré en el pueblo y pude ir á mi casa.

Al día siguiente, al amanecer, emprendí de nuevo mi viaje, en dirección á Francia, pensando que en aquel gran país, del cual conocia yo el idioma y la periccion, encontraría mejor que en ninguna otra parte, los medios de subsistencia y de ganar mi antigua vida, sin que nadie se diese de mí en Amberes.

Después de haber caminado á pie durante cuatro días sin ningún descanso, me hallé, al fin, en un pequeño poblado, situado en las inmediaciones de Compiègne.

Estando ya á una distancia de Rosa, de cincuenta á sesenta leguas, sabiendo que me hallaba lejos de todas las caminos frecuentados, y seguro de que no se podian descubrir los rastros de mi vida, no sentía ya la necesidad de continuar mi viaje: las buenas gentes, en cuya casa me habia alojado, no me inquietaban con preguntas indiscretas, ni se acordaban de mi antigua existencia.

XXVII

AL terminar el primer día de mi fuga, caí aniquilado de fatiga á la entrada de un pueblo, no lejos de Bruselas: aunque habia rehusado el cuantioso donativo de mi protector, al cual no quise llegar, no me hallaba absolutamente sin dinero: tenia tres luises de oro y cuatro ó cinco francos en el bolsillo: despues de algunos instantes de reposo, entré en el pueblo y busqué un meson.

Al día siguiente, al amanecer, emprendí de nuevo mi viaje, en direccion á Francia, pensando que en aquel gran país, del cual conocia yo el idioma á la perfeccion, encontraria mejor que en ninguna otra parte, los medios de ocultarme y de ganar mi amarga vida, sin que nadie supiese de mí en Amberes.

Despues de haber caminado á pié durante cuatro días, sin ningun descanso, me hallé, al fin, en un pequeño pueblo, situado en las inmediaciones de Compiègne.

Estando ya á una distancia de Rosa, de cincuenta á sesenta leguas; sabiendo que me hallaba lejos de todos los caminos frecuentados, y seguro de que no se podrian descubrir los rastros de mi huida, no sentia ya la necesidad de continuar mi viaje: las buenas gentes, en cuya casa me habia alojado, no me inquietaban con preguntas indiscretas, ni se asombraban de mi singular taciturnidad.

Rodeaba al pueblo una hermosa campiña, en la cual podia meditar á mi gusto; y á poca distancia se extendia el bosque imperial de Compiègne, donde los desgraciados podian sepultarse en la mas profunda soledad con sus tristes pensamientos.

En los lugares mas sombríos de este bosque era donde yo pasaba los días, inmóvil durante horas enteras, los ojos fijos en el mismo sitio y los brazos cruzados sobre el pecho: ó bien iba y venia riendo, suspirando y regando la yerba con mis lágrimas, hasta que la campana del medio día ó la oscuridad de la noche me llamaban de nuevo al pueblo.

Pensaba en mi madre, en Mr. Pavelyn, en mi porvenir perdido: sentia, además, crueles remordimientos de conciencia: veia llorar á mis bienhechores á la vista del desfallecimiento de su hija; veia salir de sus bocas una maldicion al ingrato, cuyo orgullo insensato era la causa de la desgracia de su vida: mas por espantosos que fueran los recuerdos, y las visiones que cruzaban por delante de mis ojos, hallaba en mi alma enferma, bastante fuerza para arrojarlas y para evocar en su lugar otra imágen, una resplandeciente y admirable aparicion; Rosa se elevaba ante mis ojos de entre las nieblas del bosque, con la sonrisa de la esperanza en los labios, el fuego del entusiasmo en la mirada, y mostrándome el cielo con el dedo, como lo habia hecho el día de nuestro fatal y eterno adios.

Otras veces escuchaba una voz quejumbrosa y veia, á través del follaje, la aérea sombra de una vírgen angélica: era el alma de Rosa que venia á repetirme la confesion de su amor, y que decia:—Antes morir que ser de otro!

Y entonces, extasiado, olvidado del mundo entero, me sentia mas dichoso que todos los hombres, y reia en el fondo del bosque solitario, como un pobre loco que ha perdido la conciencia de sí mismo.

A pesar del desarreglo enfermizo de mi espíritu, pen-

saba yo en mi madre, con una profunda inquietud; no debía extrañarse durante la primer semana de mi estancia en Amberes, mas al fin debía informarse de mí y entonces ¿de qué golpe tan terrible no sería herida al saber que habia desaparecido sin dejar ninguna noticia de mi huida! Yo debía y quería escribirle; pero ¿qué le diria en mi carta! Me era imposible revelarle la verdad, porque queria cumplir con una fidelidad religiosa la promesa que habia hecho á mi bienhechor; veinte veces me incliné sobre el papel para empezar una carta engañosa; pero la mentira no queria salir de mi pluma.

Despues de una lucha, que duró cuatro dias, cedí en fin á la imperiosa necesidad, y escribí á mi madre. Le dije entre mil protestas de amor é implorando su perdon, que deseaba emprender un viaje á Francia, Alemania é Italia, para completar mi educacion artística: que habia partido sin decirles adios, por temor de que mis padres ó Mr. Pavelyn me disuadiesen de mi propósito, porque éste me perseguia desde hacia un año y habia sido la causa de mi enfermedad; añadia que no debía éstar inquieta por mí, que le enviaria con frecuencia noticias mías, que pensaria siempre en ella con ternura, y que volveria lo mas pronto posible con la firme voluntad de embellecer su ancianidad y de hacerla dichosa.

Para no dejar adivinar á mis padres el sitio de mi residencia, tomé el coche del correo que pasaba por el camino real y fuí á Reines, donde eché la carta al buzón: por la tarde estaba de vuelta en el pueblo.

Esta carta á mi madre me habia costado esfuerzos increíbles; pero cuando hubo partido y tuve la seguridad de que mis padres quedarían tranquilos á lo menos acerca de mi existencia, sentí mi corazón libre de un peso sofocante, y mi espíritu quedó libre para entregarse por completo á sus continuos sueños.

No hubiera pensado durante largo tiempo en abando-

nar aquel pueblo solitario, porque amaba el bosque de Compiègne y sus calles umbrosas y llenas de silencio y magestad; pero me aperebí muy pronto de que mi bolsillo estaba casi agotado; por otra parte, mi singular método de vida, empezaba á llamar la atencion en la aldea; y me hacian preguntas indiscretas que me disgustaban, era, pues, forzoso tomar un partido y salir de allí: Paris era el único sitio donde podia dirigirme con la esperanza de quedar desconocido y oculto, y donde podia hallar trabajo como escultor, á fin de huir de la miseria que me amenazaba.

Dos dias despues entraba con mi baston de viaje por apoyo, en la capital de Francia: durante una semana, me alojé en un cuartito amueblado de un modesto hotel: pero despues, atraído á la economía por la vista de mi última moneda de cinco francos, busqué un alojamiento menos costoso, y tomé posesion de un chiribitil, situado en el último piso ó buhardilla de una casa situada en la montaña de Santa Genoveva, detrás del Panteon.

Desde allí mis ojos abrazaban todo el panorama de la inmensa ciudad, y podian perderse durante horas enteras en el horizonte nebuloso, como en el infinito.

A mis piés sonaba el apagado ruido de millares de carruajes: oia en la casa que me servia de asilo el canto de gentes gozosas, los gritos de los niños y las voces de las personas que subian y bajaban la escalera: pero todos estos rumores eran extraños para mí, y en medio de Paris y de su inmensa poblacion me sentia mas léjos del mundo y mas aislado que en el pueblecito perdido en el bosque de Compiègne.

Desde la primera hora de habitar aquel cuartito, le tomé cariño: ¿qué otra patria podia hallar mejor para mi alma entristecida, que aquel recinto estrecho, perdido bajo el techo de una casa, que era por sí misma un pequeño mundo, pero con un horizonte, sin límites, donde mis pensamientos podian volar con toda libertad?

Si la necesidad no hubiera interrumpido mis sueños, pareceme que hubiera pasado toda mi vida con la cabeza reclinada en mi ventana: pero no habia medio de olvidar que la pobreza estaba á mi lado: me arranqué pues de aquel sitio encantador y bajé á la calle para ir á pedir trabajo á casa de los estatuarios, como ya lo habia hecho infructuosamente durante muchos dias.

Aquel dia estaba decretado el que fuera mas dichoso: me dirijí á casa de un escultor de gran nombradía que tenia su taller en la calle del Sena y dije que era un jóven artista, que habia ganado la medalla de honor en la Academia de Amberes, y que habia venido á Paris para perfeccionar mis estudios: pero que hallándome sin medios de vivir, me veía obligado á buscar trabajo para ganar algun dinero.

La humildad de mi lenguaje le inspiró sin duda confianza: porque no me hizo ninguna pregunta, y me condujo en seguida á un gran taller donde muchos jóvenes y algunos hombres de edad madura, estaban ocupados en esculpir, en madera y en piedra de distintos géneros, estátuas y ornamentos diferentes: llamó al director del taller: le dijo algunas palabras en voz baja, y despues se volvió hácia mí.

—Vamos á ponerlos á prueba, jóven, me dijo: yo veré esta tarde lo que sabeis: si quedo contento os daré trabajo; á la obra pues, y valor!

Trajéronme los aprendices un caballete, un modelo de yeso que representaba un arcángel, y un trozo de madera de tilo, en el cual debia copiar la cabeza del modelo, en un tamaño cuatro veces mayor: al mismo tiempo me dieron toda clase de útiles, y una blusa gris, para que no se mancharan mis vestidos.

Por la tarde, la cabeza del ángel estaba casi terminada, y yo me hallaba contento con la seguridad de haber salido felizmente de mi ensayo: así pues, trabajaba con tanto

ardor, que no reparé en que el escultor estaba detrás de mí, y contemplaba desde hacia largo rato mi obra.

Avisóme de su presencia un golpecito que me dió en la espalda.

—Oh amiguito! me dijo con amable sonrisa: ¿con que os permitís corregir el modelo? me gusta eso, porque la osadía vá muchas veces á la par con el talento en el camino del arte: estoy muy satisfecho de vos, y trabajareis para mí: y para haceros ver lo que me interesa el talento en la juventud, os daré el salario de un primer obrero.

Desde aquel dia trabajé en el gran taller en medio de numerosos compañeros; se estaba ejecutando para una iglesia de la ciudad de Burdeos, un altar mayor, con todas las estátuas y ornamentos: la obra estaba atrasada y corria prisa; á esta circunstancia debí mi admision inmediata.

Desde el primer dia de mi entrada en el taller mis compañeros habian tratado de saber quién era: al principio excusaron mi discrecion y mi reserva, pero bien pronto mi insistente silencio les agrió, y yo llegué á ser el objeto de sus burlas, y casi de su odio.

Esta disposicion hostil de mis camaradas me affigia: hice todos los esfuerzos posibles para ser mas comunicativo, para serles mas agradable; pero por mas violencia que me hacia, no conseguia arrojar de mí, las imágenes, que hasta cuando trabajaba con ardor, estaban sin cesar presentes á mi espíritu, y le llevaban al mundo de las ideas tristes: ¡Rosa! siempre Rosa! Rosa que me mostraba el cielo como la patria de los pobres desheredados de la dicha, y que murmuraba á mi oido:

—Antes que ser de otro . . . morir!

Cuando el fin de las horas de trabajo, me devolvía mi libertad, tomaba yo vuelo como un pájaro escapado de su jaula, hácia la montaña de Santa Genoveva, y me sentaba delante de la pequeña ventana, contemplando con